



*Detalle del exterior de la Catedral, por la fachada de la puerta de los Reyes.*

dujo el natural efecto depresivo en el ánimo de los palentinos, por lo cual sucumbió la plaza ante el ataque de las huestes de Augusto, que vino a España para dirigir personalmente la guerra, consiguiendo así consumir la conquista.

Dominada por el pueblo del Lacio, Pallantia adquirió pronto gran desarrollo y patente prosperidad, llegando a ser, como afirmó Pomponio Mela, la principal ciudad de la provincia Tarraconensis. Ocupaba un gran perímetro —mayor que actual— en ambas márgenes del río, principalmente la izquierda, pues, a más del casco urbano propiamente dicho, existieron en los alrededores numerosas fincas de recreo. Por ello, no es extraño que se hayan descubierto en su subsuelo muchos y valiosos objetos artísticos evocadores del fausto de aquellos cinco siglos de dominación romana, la mayor parte de ellos conservados en dos interesantes colecciones formadas por el arqueólogo Simón Nieto y por la corporación municipal. Todavía se da el nombre de **hornagones**, en las laderas de los alcores aledaños, a los restos de termas de patricios romanos, y existen los parajes denominados de Santa María de las **Vestales** y el Bosque, este último donde estuvo el **lucus** sagrado romano.

La invasión de los bárbaros supuso para la ciudad casi su completa destrucción, pues si bien fue restaurada tras la llegada de los suevos, sucumbió después ante la avasalladora avalancha visigoda, al mando de Teodorico, en el año 457. Refiriéndose a esto hace dicho que la entrada en Palencia de aquel pueblo nórdico revistió, por su saña, tan apocalípticos caracteres, que la ciudad quedó literalmente arrasada, pues todo desapa-

reció en la ingente catástrofe. Pero como el espíritu de sus habitantes era imperecedero, no tardó en ofrecerse el caso ejemplar de su palingenesia, o sea renacer la ciudad de sus propias cenizas, reactualizándose así el mítico caso del ave fénix. El Catolicismo floreció en Palencia poco después de comenzar el Apostolado, pues consta que en el primer siglo de la Era contaba ya con diócesis que llegaría a ser la más importante de Castilla, después de la de Toledo, cuyos obispos estuvieron presentes en los concilios que por entonces se celebraron. Transcurridos los años surgió la herejía de Prisciliano, luego supliciado en Tréveris, la cual tuvo repercusión en Palencia, contándose acerca de ello que el obispo de entonces, Toribio, deseoso de convencer de su error a los renuentes seguidores de aquélla "subióse a una altura —según escribe un cronista— y, levantadas las manos al cielo, para aterrarlos con el castigo, hizo salir de madre las aguas del río y dilatarse sobre la capital, causando gran estrago. Data esta tradición tal vez del confuso recuerdo de una avenida extraordinaria que, enlazándose con el de las turbulencias religiosas, se grabara hondamente en la imaginación del pueblo como un formidable ejemplo de la cólera divina". De aquella época queda una interesantísima construcción, a la cual hemos de referirnos después: la cripta catedralicia conocida con el nombre de cueva de San Antolín, por haber servido para enterrar en ella los restos del glorioso mártir de Apamia, Patrono de la ciudad, que habían sido llevados a ella, desde Narbona, por el piadoso rey Wamba.

Tras la llegada de los árabes volvió la ciudad